

lo tenga en remembranza de aquel cuyo fué, aunque como ajeno lo poseia, porque desta memoria allí donde mi ánima estoviere recibirá descanso.» E no pudo hablar mas. Gandalin como así lo vió, no curó de le responder, antes cabalgó muy presto en su caballo, é subiéndose en un otero, tocó la bocina lo mas recio que pudo, en señal que el Endriago era muerto. Ardian el enano, que en la torre estaba, oyólo, é dió muy grandes voces al maestro Elisabat que acorriese á su señor, que el Endriago era muerto. Y él, como estaba apercebido, cabalgó con todo el aparejo que menester era, é fué lo mas presto que pudo por el derecho que el Enano le señaló; é no andovo mucho que vió á Gandalin encima del otero, el cual, como el maestro vió, vino corriendo contra él é dijo: «¡Ay señor! por Dios é por merced acorred á mi señor, que mucho es menester; que el Endriago es muerto.» El maestro cuando esto oyó hobo gran placer con aquellas buenas nuevas que Gandalin decia, no sabiendo el daño del caballero, é aguijó cuanto mas pudo, é Gandalin le guiaba, fasta que llegaron donde el caballero de la Verde Espada estaba, é halláronlo muy desacordado sin ningun sentido, é dando muy grandes gemidos; y el maestro fué á él é díjole: «¿Qué es esto, señor caballero? ¿Dónde es ido el vuestro gran esfuerzo á la hora é sazón que mas menester lo habiades? No temais de morir; que aquí es vuestro buen amigo y leal servidor maestro Elisabat, que os socorrerá.» Cuando el caballero de la Verde Espada oyó el maestro Elisabat, como quiera que muy desacordado estoviese, conociólo é abrió los ojos, é quiso alzar la cabeza, mas no pudo, y levantó los brazos como que le quisiese abrazar.

El maestro Elisabat quitó luego su manto, é tendiólo en el suelo, é tomóronlo él é Gandalin, é puniéndolo encima, le desarmaron lo mas quedo que podieron; é cuando el maestro le vió las llagas, aunque él era uno de los mejores del mundo de aquel menester, é habia visto muchas é grandes heridas, mucho fué espantado y desfuciado de su vida; mas, como aquel que lo amaba y tenia por el mejor caballero del mundo, pensó de poner todo su trabajo por le guarecer, é catándole las heridas, vió que todo el daño estaba en la carne é en los huesos, y que no le tocara en las entrañas. Tomó mayor esperanza de lo sanar, é concertóle los huesos é las costillas, é cosióle la carne, é púsole tales melecinas, é ligóle tan bien todo el cuerpo al derredor, que le fizo restañar la sangre y el aliento que por allí salia, é luego le vino al caballero mayor acuerdo y esfuerzo, de guisa que pudo hablar, é abriendo los ojos, dijo: «¡Oh Señor Dios todopoderoso, que por tu gran piedad quisiste venir en el mundo é tomaste carne humana en la Virgen María, é por abrir las puertas del paraíso, que cerradas las tenian, quisistes sufrir muchas injurias, é al cabo muerte de aquella malvada é malaventurada gente! pídotte, Señor, como uno de los mas pecadores, que hayas merced de mi ánima, que el cuerpo condenado es á la tierra.» E callóse, que no dijo mas. El maestro le dijo: «Señor caballero, mucho me place de os ver con tal conocimiento, porque de aquel que vos pedis merced os ha de vernir la verdadera melecina, y despues de mí, como de su siervo, que

porné mi vida por la vuestra, y con su ayuda yo daré guarido, y no temais de morir esta vez, solamente que os esforceis vuestro corazon que tenga esperanza de vivir, como la tiene de morir.» Entonces tomó una esponja confacionada contra la ponzoña é púsolela en las narices; así que, le dió gran esfuerzo. Gandalin besaba las manos al maestro, hincado de rodillas ante él, rogándole que hobiese piedad de su señor. El maestro le mandó que cabalgando en su caballo, se fuese presto al castillo é trajese algunos hombres para que en andas llevasen al caballero ante que la noche sobreviniere. Gandalin así lo hizo, y venidos los hombres, hicieron unas andas de los árboles de aquella montaña como mejor podieron, é poniendo en ellas al caballero de la Verde Espada, en sus hombros al castillo lo llevaron, é aderezando la mejor cámara que allí habia de ricos paños, que Grasinda allí en la nave mandara poner, le posieron en su lecho con tanto desacuerdo, que no lo sentia. E así estovo toda la noche, que nunca habló, dando grandes gemidos, como aquel que bien llagado estaba; é queriendo hablar mas, no podia.

El maestro mandó hacer allí su cama, y estovo con él por consolarle; poniéndole tales y tan convenientes melecinas para le sacar aquella muy mala ponzoña que del Endriago cobrara, que al alba del día le hizo venir un muy sosegado sueño: tales é tan buenas cosas le puso; é luego mandó quitar todos afuera, porque no lo despertasen, porque sabia que aquel sueño le era mucha consolacion. E á cabo de una gran pieza, el sueño rompido, comenzó á dar voces con gran presuranza, é diciendo: «¡Gandalin! Gandalin! guárdate deste diablo tan cruel é malo, no te mate. El maestro, que lo oyó, fué á él riendo y de muy buen talante, mejor que en el corazon lo tenia, temiendo todavía su vida, é dijo: «Si así os guardárades vos como él, no sería vuestra fama tan divulgada por el mundo.» El alzó la cabeza é vió al maestro, é díjole: «Maestro, ¿dónde estamos?» El se llegó á él, é tomóle por las manos, é vió que aun desacordado estaba; é mandó que le trajesen de comer, é dióle lo que via que para lo esforzar era necesario, y él lo comió como hombre fuera de sentido. El maestro estovo con él poniéndole tales remedios como aquel que era de aquel oficio el mas natural que en el mundo se fallar podría. E antes que hora de vísperas fuese, le tornó en todo su acuerdo, de manera que á todos conocia é hablaba, y el maestro nunca dél se partió, curando dél, é poniéndole tantas cosas necesarias á aquella enfermedad, que así con ellas, como principalmente con la voluntad de Dios, que lo quiso, vió conocidamente en las llagas que lo podría sanar. E luego lo dijo á todos los que allí estaban, que muy gran placer hobieron, dando gracias á aquel soberano Dios porque así los habia librado de la tormenta de la mar y del peligro de aquel diablo. Mas sobre todos era el alegría de Gandalin, su leal escudero, y el Enano, como aquellos que de corazon entrañable lo amaban, é tornaron de muerte á vida; é luego todos se posieron al derredor, con mucho placer, de la cama del caballero de la Verde Espada, consolando, diciéndole que no toviere en nada el mal que tenia, segun la honra é buena ventura que Dios le habia dado; la cual fasta entonces,

en caso de armas é de esfuerzo, nunca diera á hombre terrenal que igual le fuese. E rogaron muy afincadamente á Gandalin les quisiese contar todo el hecho como habia pasado, pues que con sus ojos lo habia visto, porque sopiesen dar cuenta de tan gran proeza de caballero; y él les dijo que lo faria de muy buena voluntad, á condición que el maestro le tomase juramento en los santos Evangelios porque ellos lo creyesen é con verdad lo posiesen por escrito, é una cosa tan señalada y de tan gran fecho no quedase en olvido de la memoria de las gentes. El maestro Elisabat así lo hizo, por ser mas cierto de tan gran hecho. E Gandalin se lo contó todo enteramente, así como la historia lo ha contado; é cuando lo oyeron, espantábanse dello, como de cosa de la mayor hazaña de que nunca oyeran hablar; é aun ninguno dellos nunca viera al Endriago, que entre unas matas estaba caido, é por socorrer al caballero no podieron entender en al.

Entonces dijeron todos que querian ver el Endriago, y el maestro les dijo que fuesen, é dióles muchas confeciones para remediár la ponzoña. E cuando vieron una cosa tan espantable é tan desemejada de todas las otras cosas vivas que fasta allí ellos vieran, fueron mucho mas maravillados que ante; é no podian creer que en el mundo hobiese tan esforzado corazon que tan gran diablura osase acometer. Y aunque cierto sabian que el caballero de la Verde Espada lo habia muerto, no les parecia sino que lo soñaban; y desde una gran pieza lo miraron, tornáronse al castillo, razonando unos con otros de tan gran hecho poder acabar aquel caballero de la Verde Espada. ¿Qué vos diré? Sabed que allí estovieron mas de veinte días; que nunca el caballero de la Verde Espada hobo tanta mejoría, que del lecho donde estaba le osasen levantar. Pero como por Dios su salud permitida estoviese, é la gran diligencia de aquel maestro Elisabat la acrecentase, en este medio tiempo fué tan mejorado, que sin peligro alguno pudiera entrar en la mar; é como el maestro en tal disposicion le viese, habló con él un día, é díjole: «Mi señor, ya, por la bondad de Dios, que lo ha querido, que otro no fuera poderoso, vos sois llegado á tal punto, que yo me atrevo, con su ayuda é vuestro buen esfuerzo, de os meter en la mar, y que vais donde vos ploguiere; y porque nos faltan algunas cosas muy necesarias, así para lo que toca á vuestra salud como para sostenimiento de la gente, es menester que se dé orden para el remedio dello; porque mientras mas aquí estoviéremos, mas cosas nos faltarán.» El caballero del Enano le dijo: «Señor é verdadero amigo, muchas gracias y mercedes doy á Dios porque así me ha querido guardar de tal peligro, mas por la su santa piedad que por mis merecimientos; é al su gran poder no se puede comparar ninguna cosa, porque todo es permitido é guiado por su voluntad, é á él se deben atribuir todas las buenas cosas que en este mundo pasan; é dejando lo suyo aparte, á vos, mi señor, agradezco yo mi vida; que ciertamente yo creo que ninguno de los que hoy son nascidos en el mundo no fuera bastante para me poner el remedio que vos me posistes. E como quiera que Dios me haya hecho tan gran merced, mi ventura me es muy contraria, que el galardón de tan gran

beneficio como de vos he recibido no lo pueda satisfacer sino como un caballero pobre, que otra cosa sino un caballo é unas armas posee, así rotas como las veis.» El maestro le dijo: «Señor, no es menester para mí otra satisfacion sino la gloria que yo conmigo tengo, que es haber escapado de muerte, despues de Dios, el mejor caballero que nunca armas trajo. Y esto ó solo decir delante, por lo que delante mí habeis fecho; y el galardón que yo de vos espero, es muy mayor que el que ningun rey ni señor grande me podría dar; que es el socorro que en vos hallarán muchas é muchos cuitados que os habrán menester para su ayuda, á los cuales vos socorreis; é será para mí mayor ganancia que otra ninguna, siendo causa, despues de Dios, de su reparo.»

El caballero de la Verde Espada hobo vergüenza de que se oyó loar, é dijo: «Mi señor, dejando esto en que hablamos, quiero que sepais en lo que mas mi voluntad se determina. Yo quisiera andar todas las insolas de Romanía, é por lo que dejistes de la fatiga de los marineros mudé el propósito, é volvimos la via de Constantinopla, la cual, el tiempo tan contrario que vistes nos la quitó; y pues que ya es abonado, todavía tengo deseo de á él tornar, é ver aquel grande emperador, porque si Dios me tornare donde mi corazon desea, sepa contar algunas cosas extrañas, que pocas veces se puede ver sino en semejantes casas. Y, mi señor maestro, por el amor que me habeis, os ruego que en esto no recibais enojo, porque algun día será de mí galardonado; é de allí que nos tornemos, placiendo al soberano Señor Dios, al plazo que aquella muy noble señora Grasinda me puso; porque me es fuerza de lo cumplir, como vos bien sabeis, para que, si ser podiere, segun el deseo tengo, le pueda servir algunas de las grandes mercedes que della, sin gelo merecer, tengo recibidas.»

CAPITULO XII.

De cómo el caballero de la Verde Espada escribió al emperador de Constantinopla, cuya era aquella insola, cómo habia muerto aquella fiera bestia, y de la falta que tenia de bastimentos; lo cual el Emperador proveyó con mucha diligencia, é al caballero pagó con mucha honra é amor la honra é servicio que le habia hecho en le delibrar aquella insola, que perdida tenia tanto tiempo habia.

«Pues que esta es vuestra voluntad, Señor, dijo el maestro Elisabat, menester es que escribais al Emperador de cómo os ha acaecido, é traerán de allá algunas cosas que para el camino nos faltan.— Maestro, dijo él, yo nunca le vi ni conozco, y por esto lo remito todo á vos, que fagais lo que mejor os pareciere, y en esto recibiré de vos una señalada merced.» El maestro Elisabat, por le complacer, escribió luego una carta, haciendo saber al Emperador todo lo que al caballero extraño, llamado el de la Verde Espada, acaeciera despues que de Grasinda, su señora, se partió; é cómo, habiendo fecho muy grandes cosas en armas por las insolas de Romanía, las que otro caballero ninguno hacer podiera, se iban la via donde él estaba; é cómo la gran tormenta de la mar los echara á la insola del Diablo, donde el Endriago era; é cómo aquel caballero de la Verde Espada, de su propia voluntad, contra el querer de todos ellos, lo habia buscado, é combatiéndose

con él, le matara. Y escribiéndole por extenso cómo la batalla pasara, é las heridas con que el caballero de la Verde Espada escapó. Así que, no faltó nada que saber no le hiciese; y que, pues aquella insola era ya libre de aquel diablo, y estaba en su señorío, mandase poner en ella remedio cómo se poblase; y que el caballero de la Verde Espada le pedia por merced que la mandase llamar la insola de Santa María. Esta carta, hecha como ois, dióla á un escudero su pariente, que allí consigo traía, é mandóle que en aquella fusta, tomando los marineros que eran menester, pasase en Constantinopla é la diese al Emperador, é trajese de allá las cosas que les faltaban para su provision. El escudero se metió luego á la mar con su compañía, que ya el tiempo era muy enderezado, é al tercero día fué la fusta llegada al puerto. E saliendo della, al palacio del Emperador se fué, al cual halló con muchos hombres buenos, como tan gran señor lo debía estar, é mandados los hinojos, le dijo: «Vuestro siervo, el maestro Elisabat, manda besar vuestros piés, é vos envia esta carta, con que recibiréis muy gran placer.» El Emperador la tomó, é leyéndola, vió aquello que decia, de que muy espantado fué, é dijo á una voz alta, que todos lo oyeron: «Caballeros, unas nuevas me son venidas tan extrañas, que de otras tales nunca se oyó hablar.» Entonces se llegaron mas á él Gastiles, su sobrino, hijo de su hermana la duquesa de Gajaste, que era buen caballero, mancebo, y el conde Saluder, hermano de Grasinda, aquella que tanta honra al caballero de la Verde Espada hiciera, é otros muchos con ellos.

El Emperador les dijo: «Sabed que el de la Verde Espada, de que grandes cosas de armas nos han dicho que ha fecho en las insolas de Romanía, se combatió, de su propia voluntad, con el Endriago, é lo mató. E si de tal cosa como esta todo el mundo no se maravillase, ¿qué podría venir que espanto nos diese?» E mostróles la carta de Elisabat, é mandó al mensajero que de palabra les contase cómo había pasado, el cual lo dijo enteramente, como aquel por quien todo pasara, siendo presente. Entonces dijo Gastiles: «Ciertamente, Señor, cosa es esta de gran miraglo, que yo nunca oi decir que persona mortal con el diablo se combatiere, si no fuese aquellos santos con sus armas espirituales, porque estos tales bien lo podrian hacer con sus santidades; é pues tal hombre como este es venido en vuestra tierra con gran deseo de os servir, sinrazon seria no le facer mucha honra. — Sobrino, dijo él, bien decís, é aparejad vos y el conde Saluder algunas fustas, é traédmelo, que como cosa que nunca se vió lo debemos mirar; y llevad con vos maestros que me traigan pintado el Endriago así como es, porque le mandaré hacer de metal, y el caballero que con él se combatió asimismo de la grandeza y semejanza que ambos fueron, é faré poner estas figuras en el mismo lugar donde la batalla pasó, y en una gran tabla de cobre escribir cómo fué y el nombre del caballero, é mandaré hacer allí un monesterio en que vivan frailes religiosos que tornen á reformar aquella insola en el servicio de Dios; que estaba muy dañada la gente de aquella tierra con aquella vision mala de aquel enemigo.» Mucho fueron todos ledos de aquello que el Emperador decia,

é mucho mas que todos Gastiles y el Marqués (1), porque los mandaba ir tal viaje, donde podrian ver el Endriago é aquel que lo mató, é haciendo enderezar las fustas, entraron en la mar é pasaron en la insola de Santa María, que así mandó el Emperador que de allí adelante nombrada fuese; é como el caballero de la Verde Espada sopo su venida, mandó ataviar allí donde posaba de lo mejor é mas rico que en su fusta Grasinda mandara poner, y él era ya en tal disposicion, que andaba por la cámara algunas veces; y ellos llegaron al castillo ricamente vestidos é acompañados de hombres buenos, y el caballero de la Verde Espada salió á recibirlos ya cuanto fuera de la cámara, é allí se fablaron con mucha cortesía, é fizolos sentar en los estrados que para ellos mandara hacer, é ya sabia él por el maestro Elisabat cómo el Marqués era hermano de su señora Grasinda; é allí le gradeció mucho lo que su hermana había por él fecho, las honras é las mercedes que della había recebido, é cómo, despues de Dios, ella le dió la vida, dándole aquel maestro que le había guarecido del peligro de la muerte. Los griegos que allí venian miraban mucho al caballero de la Verde Espada; é como quiera que de la flaqueza mucho de su parecer había perdido, decian nunca haber visto caballero mas fermoso ni mas gracioso en su hablar.

Estando así con mucho placer, Gastiles le dijo: «Buen señor, el Emperador mi tio os desea ver é por nos os ruega que á él vayais porque os mande facer aquella honra que le es obligado, segun le servistes en le ganar esta insola que tenia perdida, é la que vos mereceis. — Mi señor, dijo el caballero del Enano, yo faré lo que el Emperador manda; que mi deseo es de le ver é servir cuanto puede alcanzar un pobre caballero extraño, como lo yo soy. — Pues veamos el Endriago, dijo Gastiles, é verlo han los maestros que el Emperador envia, para que figurado gelo lleven muy enteramente segun su figura é parecer.» El maestro le dijo: «Señor, menester es que vayais bien guarnecido para la defensa de la ponzoña; si no, podríades recibir gran peligro en vuestra vida.» El le dijo: «Buen amigo, vos lo habeis eso de remediar. — Así lo faré,» dijo él. Entonces les dió unas bujetas que á las narices posiesen en tanto que lo mirasen; é luego cabalgaron, é Gandalin con ellos para gelo mostrar, é ibales contando lo que les acaeciera á su señor é á él en aquellos lugares por donde iban, y de la manera que la batalla había sido, é cómo á los gritos suyos, mesándose por ver á su señor tan llegado á la muerte, saliera aquel diablo, é de la forma que á ellos venia, é todo lo que les acaeciera, como oido habeis. En esto llegaron al arroyo donde su Señor cayó amortecido, é de allí metiólos por entre las matas cabe las peñas, é hallaron el Endriago muerto, que muy gran espanto les puso; tanto, que no creian que en el mundo ni en el infierno hobiese bestia tan desemejada ni tan temerosa; é si hasta allí en mucho tenían lo que aquel caballero había fecho, en mucho mas lo estimaron veyendo al diablo, que aunque sabian ser muerto, no lo osaban tocar ni se llegar á él; é decia Gastiles que tal esfuerzo como osar acometer aquella bestia, que se no debía tener en mucho, porque siendo

(1) En el párrafo anterior se le llama conde.

tan grande, no se debía atribuir á ningun hombre mortal, sino á Dios, que á él, sin otro alguno, era debido». Los maestros lo miraron é midieron todo para le sacar proprio como él era; é así lo hicieron, porque eran singulares en aquel oficio á maravilla.

Entonces se volvieron al castillo, é fallaron que el caballero del Enano los atendia á comer, é fueron allí servidos, segun el lugar donde estaban, con mucho placer é alegría. Todos así folgaban en el castillo tres dias, mirando aquella tierra, que muy hermosa era, é la huerta y el pozo donde la malaventurada hija lanzó á su madre, é al cuarto día entraron todos en la mar. Así que, en poco espacio de tiempo fueron aportados en Constantinopla, debajo de los palacios del Emperador. La gente salió á las finiestras por ver el caballero de la Verde Espada, que lo mucho deseaban ver; y el Emperador les mandó llevar unas bestias en que cabalgasen. A la hora estaba ya el caballero de la Verde Espada mucho mas mejorado en su salud y hermosura, vestido de unos muy hermosos é ricos paños que el rey de Bohemia le hizo tomar cuando del se partió; é su cuello echada aquella extraña é rica espada, de que él ganara por el sobrado amor que á su señora tenia; que en la ver é se le acordar del tiempo en que la ganó, y el vicio que entonces en Miraflores estaba con aquella que le tanto amaba é tan apartada de sí tenia, muchas lágrimas derramaba, así angustiosas como deleitosas, siguiendo el estilo de aquellos que de semejante pasion é alegría son sujetos é atormentados. Pues salidos de la mar, cabalgando en aquellos ricos é ataviados palafrenes que les trajeran, se fueron al Emperador, que ya contra ellos venia, muy acompañado de grandes hombres é muy ricamente ataviados. E apartándose todos, llegó el caballero de la Verde Espada é quisose aprear para le besar las manos; mas el Emperador cuando esto vió, no gelo consintió, antes se fué para él é lo tovo abrazado, mostrándole muy gran amor, que así lo tenia con él, é dijo: «Por Dios, caballero de la Verde Espada, mi buen amigo, como quiera que Dios me haya fecho tan grande hombre y venga del linaje de aquellos que este señorío tan grande tovieron, mas mereceis vos la honra que la yo merezco; que vos la ganastes por vuestro gran esfuerzo, pasando tan grandes peligros cual nunca otro pasó, é yo tengo la que me vino dormiendo é sin merecimiento mio.» El caballero del Enano le dijo: «Señor, á las cosas que tienen medida puede hombre satisfacer; pero no á esta, que por su gran virtud en tanto loor me ha puesto; é por esto, Señor, quedará para que esta mi persona hasta la muerte le sirva en aquellas cosas que me mandare.» E así hablando, se tornó el Emperador con él á sus palacios, y el de la Verde Espada iba mirando aquella gran ciudad, é las cosas extrañas é maravillosas que en ella via, é tantas gentes que lo salian á ver, é daba en su corazon con grande homildad muchas gracias á Dios, porque en tal lugar le guiara donde tanta honra del mayor hombre de los cristianos recibia; é todo cuanto en las otras partes viera le parecia nada en comparacion de aquello; pero mucho mas maravillado fué cuando entró en el gran palacio, que allí le pareció ser junta toda la riqueza del mundo. Habia allí un aposen-

tamiento donde el Emperador mandaba aposentar los grandes señores que á él venian, que era el mas hermoso é deleitoso que en el mundo se podría hallar, así de ricas casas como de fuentes de agua é árboles muy extraños. E allí mandó quedar al caballero de la Verde Espada é al maestro Elisabat, que lo curase, é á Gastiles é el marqués Saluder, que le ficiesen compañía; y dejándolo reposar, se fué con sus hombres buenos donde él posaba. Toda la gente de la ciudad, que viera al caballero de la Verde Espada, fablaban mucho en su gran hermosura, é mucho mas en el grande esfuerzo suyo, que era mayor que de caballero otro ninguno; é si él se había maravillado de ver tal ciudad como aquella é tanto número de gente, mucho mas lo eran ellos en lo ver á él solo; así que, de todos era loado é honrado mas que lo nunca fué rey ni grande ni caballero que allí de tierras extrañas viniesen.

El Emperador dijo á su mujer la Emperatriz: «Señora, el caballero de la Verde Espada, aquel de que tantas cosas famosas hemos oido hasta aquí, é así por su gran valor como por el servicio que nos hizo en nos ganar aquella insola que tanto tiempo en poder de aquel malvado enemigo estaba; é pues que tal cosa como esta hizo, es razon de le facer mucha honra; por ende mandad que vuestra casa sea muy bien aderezada, en tal forma é manera, que donde él fuere pueda loar con la gran razon, é hable en ella, como yo os hablaba de otras que en algunos lugares había visto; é quiero que vea vuestras dueñas é doncellas con el atavío é aparejo que deben estar personas que á tan alta dueña como vos sois sirven.» E visto todo lo que él decia, dijo ella: «En el nombre de Dios, que todo se hará como lo vos mandais.» Otro día de mañana levantóse el caballero de la Verde Espada, é vistióse de sus paños lozanos é hermosos, segun él vestir los solia, y el marqués é Gastiles con él, y el maestro Elisabat, é fueron todos de consuno juntos á oír misa con el Emperador á su capilla, donde los atendia, é luego se fueron á ver á la Emperatriz; pero antes que á ella llegasen fallaron en comedio muchas dueñas é doncellas muy ricamente ataviadas de ricos paños, que les facian lugar por do pasasen é buen recibimiento. La casa era tan rica é tan bien guarnida, que si la rica cámara defendida de la insola Firme no, otra tal nunca el caballero de la Verde Espada viera, é los ojos le cansaban de mirar tantas mujeres é tan hermosas, é las cosas extrañas que via, é llegando á la Emperatriz, que en su estrado estaba, fincó los hinojos ante ella con mucha humildad é dijo: «Señora, mucho gradezco á Dios en me traer donde vieses á vos é á vuestra grande alteza, y el valor que sobre las otras señoras tiene que en el mundo son, é la vuestra casa acompañada é ornada de tantas dueñas é doncellas de tan gran guisa, é á vos, Señor, agradezco mucho porque ver me quisistes. A él le plega por la su merced de me llegar á tiempo que algo destas grandes mercedes le pueda servir; é si yo, Señora, no acertare en aquellas cosas que la voluntad é lengua decir querrian, por ser este lenguaje extraño á mí, mándeme perdonar, que muy poco tiempo há que del maestro Elisabat lo aprendí.» La Emperatriz le tomó por las manos é dijole que no estoviese así de hinojos, é fizole sentar cerca de sí, y

estuvo con él hablando una gran pieza en aquellas cosas que tan alta señora con caballero extraño que no conocía debía hablar; y él respondiendo con tanto tiento é tanta gracia, que la Emperatriz, que muy cuerda era é lo miraba, decía entre sí que no podía ser su esfuerzo tan grande, que á su mesura é discreción sobrepujar pudiese. El Emperador estaba á esta sazón en su silla sentado, hablando é riendo con las dueñas é doncellas, como aquel que, haciéndoles muchas mercedes é dándoles grandes casamientos, de todas muy amado era. E dijoles en una voz alta, que todas lo oyeron: «Honradas dueñas é doncellas, védes aquí el caballero de la Verde Espada, vuestro leal sirviente; honralde é amalde, que así lo hace él á todas vosotras cuantas sois en el mundo; que poniéndose á muy grandes peligros por vos hacer alcanzar derecho, muchas veces es llegado al punto de la muerte, según me del mundo á aquellos que sus grandes cosas saben.» La Duquesa, madre de Gástiles, dijo: «Señor, Dios le honre é lo ame, é agradezca el amparamiento que á nosotras hace.» El Emperador hizo levantar dos infantas, que eran hijas del rey Barandel, que era entonces rey de Hungría, é dijoles: «Id por mi hija Leonorina, é no vengán con ella, sino vos ambas.»

Ellas así lo hicieron, é á poco rato vinieron con ella, trayéndola entre sí por los brazos, é como quiera que ella viniese muy bien guarnida, todo parecía nada ante lo natural de la su gran hermosura, que no había hombre en el mundo que la viese, que se no maravillase é no alegrase en la mirar. Ella era niña, que no pasaba de nueve años, é llegando donde su madre la Emperatriz estaba, besóle las manos con hómil reverencia, é sentóse en el estrado mas bajo que ella estaba. El caballero de la Verde Espada la miraba muy de grado, maravillándose mucho de su gran hermosura, que le parecía ser mas hermosa de las que él visto había por las partes donde andado había, é membróse aquella hora de la muy hermosa Oriana, su señora, que mas que á sí amaba, é del tiempo en que la él comenzó á amar, que sería de aquella edad, é de cómo el amor que entonces con ella posiera siempre había crecido, é no menguado, y ocurriéndole en la memoria los tiempos prósperos que con ella hobiera de muy grandes deleites, é los adversos de tantas cuitas é dolores de su corazón como á su causa pasado había. Así que, en este pensar estuvo gran pieza, y en cómo no esperaba verla sin que gran tiempo pasase; tanto fué encendido en esta membranza, que como fuera de sentido le vinieron las lágrimas á los ojos; así que, todos le vieron llorar, que por su gran bondad todos en él paraban mientes; mas él, tornando en sí, habiendo gran vergüenza, alimpió los ojos é hizo buen semblante. Mas el Emperador, que mas cerca estaba, que así lo vió llorar, entendió si vería alguna cosa que lo hobiese causado. Mas no veyendo en él mas señales dello, hobo gran deseo de saber cómo un caballero tan esforzado é tan discreto ante él é ante la Emperatriz, é tantas otras gentes, había mostrado tanta flaqueza, que aun á una mujer en tal lugar, siendo alegre, como lo él era, le fuera á mal tenido; pero bien creyó que lo no haría sin algun gran misterio. Gástiles, que cabe él estaba, dijo: «¿Qué será, que tal hom-

bre como este en tal parte así llorase?—Yo no se lo preguntaría, dijo el Emperador, mas creo que fuerza de amor gelo hizo hacer.—Pues Señor, si lo saber quereis, no hay quien lo sepa sino el maestro Elisabat, en quien mucho se fia, é fabla mucho con él apartadamente.»

Entonces lo mandó llamar, é hizolo sentar ante sí, é mandando que todos se tirasen afuera, le dijo: «Maestro, quiero que me digais una verdad, si la sabeis, é yo vos prometo, como quien soy, que por ello á vos ni á otro alguno no verná daño.» El maestro le dijo: «Señor, tal fianza tengo yo en la vuestra gran alteza é virtud que así lo hará, y que siempre me hará merced, aunque lo no merezca; é si la yo sopiere, decir vos la he de muy buena voluntad.—¿Por qué lloró agora, dijo el Emperador, el caballero de la Verde Espada? Decídmelo, que de lo ver estoy espantado; que si alguna necesidad tiene en que haya menester mi ayuda, yo gela haré tan entera, de que él será bien contento.» Cuando esto oyó el maestro, dijo: «Señor, eso no lo sabría decir, porque es el hombre del mundo que mejor encobre aquello que él quiere que sabido no sea, porque es el mas discreto caballero que jamás vistes; pero yo le veo muchas veces llorar é cuidar tan fieramente, que no parece en él haber sentido alguno, é sospira con tan gran ansia como si el corazón en el cuerpo se le quebrase. E ciertamente, Señor, en cuanto yo cuido, es gran fuerza de amor que le atormenta, teniendo soledad de aquella que ama; que si otra dolencia fuese, ante á mí que á otro ninguno soy cierto que se descubriría.—Ciertamente, dijo el Emperador, así lo cuido yo como lo decís, é si él ama á alguna mujer, á Dios ploguiese que acertase ser en mi señorío, que tanto haber y estado le daría yo, que no hay rey ni príncipe que no hobiese placer de me dar su hija para él. Y esto haría yo muy de grado por le tener conmigo por vasallo; que no le podría hacer tanto bien, que él mas no me sirviese, según su gran valor, é mucho os ruego, maestro, que trabajéis con él como quede conmigo, é todo lo que demandare se le otorgará.» Y estuvo una pieza cuidando, que no habló, é despues dijo: «Maestro, id á la Emperatriz é decilde en poridad que ruegue al caballero que quede conmigo, é vos así se lo consejad por mi amor, y en tanto proveeré yo una cosa que á la memoria me ocurrió.»

El maestro se fué á la Emperatriz é al caballero del Enano, y el Emperador llamó á la hermosa Leonorina, su hija, é á las dos infantas que la aguardaban, é habló con ellas una gran pieza muy afincadamente; mas por ninguno era oído nada de lo que les decía. E Leonorina, habiendo él ya acabado su habla, besóle las manos, é fué con las infantas á su cámara, y él quedó hablando con sus hombres buenos. E la Emperatriz habló con el de la Verde Espada para que con el Emperador quedase, y el maestro gelo rogaba é consejaba; é como quiera que aquel le sería el mejor partido é mas honroso que turante la vida del rey Perion, su padre, le podría venir, no lo pudo él acabar con su corazón, que ningun descanso ni reposo fallaba sino en pensar de ser tornado en aquella tierra donde la su muy amada señora Oriana era; así que, ruego ni consejo no le pudo atraer ni retraer de aquel deseo que tenía. E la Emperatriz hizo

señas al Emperador que él no acetaba su ruego. El se levantó é fué para ellos, é dijo: «Caballero de la Verde Espada, ¿podría ser por alguna guisa que quedádeses conmigo? No hay cosa que para ello me fuese demandada, é si en mi poder fuese, que la no otorgase.—Señor, dijo él, tan grande es la vuestra virtud é grandeza, que no osaría yo ni sabría pedir tanta merced como por ella me sería otorgada; pero no es en mi tanto poder, que mi corazón lo pudiese sufrir; é, Señor, no me culpeis en que no cumplo vuestro mandado; que si lo ficiere, no me dejaría la muerte mucho tiempo en vuestro servicio.» El Emperador creyó verdaderamente que su pasión no la causaba sino gran sobra de amor, é así lo pensaron todos.

Pues á esta sazón entró en el palacio aquella hermosa Leonorina con el su gesto resplandeciente, que todas las hermosuras desataba, é las infantas con ella. Y ella traía en su cabeza una muy rica corona, é otra muy mas rica en las manos, é fué derechamente al caballero de la Verde Espada, é díjole: «Señor caballero de la Verde Espada, yo nunca fuí llegada á tiempo que yo me casara sino á mi padre, é agora quiero pedir á vos; decidme qué faréis.» Y él fincó los hinojos ante ella é dijo: «Mi buena señora, ¿quién sería aquel de tan poco conocimiento, que dejase de hacer vuestro mandado, pudiéndolo cumplir? é mucho loco sería yo si vuestra voluntad no ficiere; é agora, mi señora, demandad lo que mas vos agradare, que hasta la muerte será cumplido.—Mucho me fecistes alegre, dijo ella, é mucho os lo agradezco, é quiero vos pedir tres dones.» E tirándose la hermosa corona de la cabeza, dijo: «Este sea el uno, que deis esta corona á la mas hermosa doncella que vos sabeis, é saludándola de mi parte, le digais que me envíe su mandado por carta ó mensajero, y que le envío yo esta corona, que son las donas que en esta tierra tenemos, aunque no la conozco.» E luego tomó la otra corona, en que había muchas perlas é piedras de muy gran valor, especialmente tres, que alumbraban toda una cámara, por oscura que estoviese; é dándola al caballero, dijo: «Esta daréis á la mas hermosa dueña que vos sabeis, é decilde que gela envío yo por haber su conocencia, y que le ruego yo mucho que se me haga conocer por su mandado; este es el otro don, é antes que el tercero os demande, quiero saber qué haréis de las coronas.—Lo que yo haré, dijo el caballero, será cumplir luego el primer don é quitarme dél.» Entonces tomó la primera corona, é poniéndola en la cabeza della, dijo: «Yo pongo esta corona en la cabeza de la mas hermosa doncella que yo agora sé; é si hobiere alguno que lo contrario dijere, yo se lo faré conocer por armas.»

E todos hobieron mucho placer de lo que él hizo, é Leonorina no menos, aunque con vergüenza estaba de se ver loar, é decían que con derecho se había quitado del don; é la Emperatriz dijo: «Por cierto, caballero de la Verde Espada, antes querria yo por mí los que venciédeses por armas, que las que mi hija venciese con su hermosura.» El hobo vergüenza de se oír loar de tan alta señora, é no respondiéndole nada, volviósela Leonorina é dijo: «Mi señora, ¿quiereis demandar el otro don?—Sí, dijo ella, é pidovos me digais la razón por qué llorastes; ¿quién es aquella que ha tan gran señorío

sobre vos é sobre vuestro corazón?» Al caballero se le mudó la color y buen semblante en que antes era; así que, todos conocieron que era turbado de aquella demanda, é dijo: «Señora, si á vos plóguiere, dejad esta demanda, é demandad otra que sea mas vuestro servicio.» Y ella dijo: «Esto es lo que yo demando, é mas no quiero.» El abajó la cabeza, y estovo una pieza dudando; así que, muy grave parecía á todos haberlo él de decir; é no tardó mucho que, alzando la cabeza con semblante alegre, miró á Leonorina, que delante dél estaba, é dijo: «Mi señora, pues por al no me puedo quitar de mi promesa, digo que cuando aquí primero entrastes é os miré, acordéme de la edad y del tiempo en que agora sois, é vínome al corazón una remembranza de otro tal tiempo en que ya fuí, muy bueno é sabroso; tal, que habiéndole ya pasado, me hizo llorar como vistes.» Y ella dijo: «Pues agora me decid quién es aquella por quien se manda vuestro corazón.—La vuestra gran mesura, dijo él, que á ninguno falleció, es contra mí; esto hace mi gran desdicha; é pues que mas no puedo, conviene que contra mi placer lo diga. Sabed, Señora, que aquella que yo mas amo es la misma á quien vos enviáis la corona, que al mi cuidar es la mas hermosa dueña de cuantas yo vi, é aun creo que de cuantas en el mundo hay; é por Dios, Señora, no queráis de mí saber mas, pues que soy quitto de mi promesa.—Quitto sois, dijo el Emperador, mas por tal guisa que no sabemos mas que ante.—Pues á mi parecer, dijo él, que dije tanto cual nunca por mi boca salió jamás, y esto causó el deseo que yo tengo de servir á esta hermosa señora.—Así Dios me salve, dijo el Emperador, mucho debeis ser guardado é cerrado en vuestros amores, pues esto teneis en algo en lo haber descubierto; é pues que mi hija fué la causa dello, menester es que vos demande perdón.—Este yerro, dijo él, han hecho otros muchos, é nunca tanto sopieron de mí; así que, aunque dellos fuese yo quejoso, lo suyo desta tan hermosa señora tengo en merced; porque siendo ella tan alta é tan señalada en el mundo, quiso con tanto cuidado saber las cosas de un caballero andante como yo lo soy; mas á vos, Señor, no perdonaré yo tan ligero, que según la lengua y secreta habla con ella antes hobistes, bien parece que no por su voluntad, mas por la vuestra, lo hizo.» El Emperador se rió mucho é dijo: «En todo os hizo Dios acabado; sabed que así es como lo decís; por ende yo quiero corregir lo suyo é lo mio.» El de la Verde Espada fincó los hinojos por le besar las manos, mas él no quiso é dijo: «Señor, esta emienda recibo yo para la tomar cuando por ventura mas sin cuidado della estoviédes.—Eso no podrá ser, dijo el Emperador; que vuestra memoria nunca de mí fallecerá ni la emienda de la mia cuando la quisiédes.»

Estas palabras pasaron entre aquel emperador y el de la Verde Espada casi como en juego; mas tiempo vino que el efeto dellas salió en gran hecho, como en el cuarto libro de la historia será contado. La hermosa Leonorina dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, como quiera que de mí queja no hayais, no soy por ende quita de culpa en vos afincar tanto contra vuestra voluntad; y en emienda dello, quiero que hayais este anillo.» El le dijo: «Señora, la mano que lo trae me

habeis vos de dar que la bese como vuestro servidor, que el anillo no puede andar en otra donde quejoso de mí no fuese.—Todavía, dijo ella, quiero que sea vuestro, porque se os acuerde de aquel encubierto lazo que vos armé, é cómo con tanta sutileza dél escapastes.» Entonces sacó el anillo, é lanzólo ante el caballero en el estrado, diciendo: «Otro tal queda á mí en esta corona, que no sé si con razon me la distes.—Grandes é buenos testigos, dijo él, son esos lindos ojos é hermosos cabellos, con todo lo al que Dios por su especial gracia vos dió.» E tomando el anillo, vió que era el mas hermoso é mas extraño que él nunca viera, ni en el mundo había sino la otra piedra que en la corona quedaba. Y estándolo así mirando el caballero de la Verde Espada, dijo el Emperador: «Quiero que sepais de dónde vino esta piedra. Ya védes cómo la mitad della es el mas fino é ardiente rubí que nunca se vio, é la otra media es rubí blanco, que por ventura nunca lo vió; que mucho mas fermoso es é mas preciado que el bermejo, y el anillo de una esmeralda que á duro otra tal en gran parte se fallaría. Agora sabed que Apolidon, aquel que por el mundo tan sonado es, fué mi abuelo; no sé si lo oistes así.—Eso sé yo bien, dijo el de la Verde Espada, porque siendo gran tiempo en la Gran Bretaña, vi la ínsola Firme, que se llama, donde hay grandes maravillas que él dejó; la cual, segun la memoria de las gentes, ganó mucho él á su honra, que llevando á hurto la hermana del emperador de Roma, aportó con gran tormenta á aquella ínsola, é segun la costumbre della, fuéle forzado de se combatir con un gigante que á la sazón la señoreaba; al cual, con gran esfuerzo matando, quedó él por señor en la ínsola, donde moró gran tiempo con su amiga Grimanesa; é segun él allí dejó, mas pasaron de cien años que nunca allí aportó caballero que de bondad de armas le pasase, é yo fui allí; é digo, Señor, que pareceis ser bien de aquel linaje, segun vuestra forma é la de las imágenes suyas, que so el arco de los leales amadores dejó; que no parecen sino verdaderamente vivas.—Mucho me haceis ledo, dijo el Emperador, en me traer á la memoria las cosas de aquel que en su tiempo par de bondad no tovo; é ruégovos que me digais el nombre del caballero que, mostrándose mas valiente é fuerte en armas que él, la ínsola Firme ganó.» El caballero le dijo: «El ha nombre Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, de quien tan grandes cosas é tan extrañas por todo el mundo se suenan; aquel que en la mar, en naciendo, encerrado en una arca fué hallado, é llamándose el Doncel del Mar, mató en batalla de uno por otro al fuerte rey Abies de Irlanda, é luego fué conocido de su padre é madre.—Agora soy mas alegre que ante, porque, segun sus grandes nuevas, no tengo por mengua que de bondad pasase á mi abuelo, pues que la pasa á todos cuantos hoy son nacidos. E si yo creyese que siendo él hijo de tal rey é tan gran señor, que se atrevería á salir tan lueño de su tierra, ciertamente creeria que érades vos; mas esto que digo me lo face dudar; é tambien, si lo fuésedes, no me haríades tal desmesura en me no lo decir.»

Mucho fué afrentado con esta razon el de la Verde Espada, mas todavía se quiso encobrir, é no respondiendo á esto nada, dijo: «Señor, si á vuesa merced

placera, diga cómo la piedra fué partida.—Eso vos diré, dijo él, de grado. Pues aquel Apolidon, mi abuelo, que os digo, siendo señor deste imperio, envióle Felipanos, que á la sazón rey de Judea era, doce coronas muy ricas é de grandes precios, é aunque en todas ellas venian grandes perlas é piedras preciosas, en aquella que á mi hija distes venia esta piedra, que era toda una; pues viendo Apolidon ser esta corona, por causa de la piedra, mas fermosa, dióla á Grimanesa, mi abuela, y ella, porque Apolidon hobiese su parte, mandó á un maestro que la partiese, é hiciese de la mitad ese anillo, é dándole á Apolidon, quedóle la otra media en aquella corona, como veis; así que, ese anillo por amor fué partido, é por él fué dado; é así creo que de buen amor mi hija os le dió, é podrá ser que de otro muy mayor será por vos dado.» E así acaeció adelante, como lo el Emperador dijo, fasta que fué tornado á la mano de aquella donde salió por aquel que, pasando tres años sin verla, muchas cosas en armas hizo, é muy grandes cuitas é padecimientos por su amor sufrió, así como en un ramo que desta historia sale se cuenta, que las *Sergas de Esplandian* llama; que quiere tanto decir como las proezas de Esplandian. Así como oides holgó el caballero de la Verde Espada seis dias en casa del Emperador, siendo tan honrado dél y de la Emperatriz y de aquella hermosa Leonorina, que mas no podia ser; é acordándosele lo que á Grasinda prometiera, de ser con ella dentro de un año, y el plazo se acercaba, habló con el Emperador, diciéndole cómo le convenia partir de allí, é luego, que le pedia por merced se mandase dél servir donde quiera que estoviese; que no seria en parte con tanta honra ni placer ni necesidad, que todo por le servir no lo dejase; é que si su noticia dél viniere haberle menester para su servicio, que no esperaria su mandado, que sin él tenia de allí acudir. El Emperador le dijo: «Mi buen amigo, esta ida tan breve no faréis á mi grado; si excusar se puede sin que vuestra palabra en falta sea.—Señor, dijo él, no se puede excusar sin que mi honra y verdad pasen gran menoscabo, así como el maestro Elisabat lo sabe; que tengo de ser á plazo cierto donde lo dejé prometido.—Pues que así es, dijo él, ruégovos que folgueis aquí tres dias.» El dijo que lo faria, pues que se lo mandaba.

A esta sazón estaba delante la hermosa Leonorina, é tomándole del manto, le dijo: «Mi buen amigo, pues que á ruego de mi padre quedais tres dias, quiero yo que al mio quedéis dos, y estos siendo mi huésped y de mis doncellas, donde yo y ellas posamos, porque queremos hablar con vos sin que ninguno vos empache, sino solamente dos caballeros, cual vos mas pluguiere, que os hagan compañía á vuestro comer y dormir; y este don os demando que lo otorgueis de grado; si no, haré que os prendan estas mis doncellas, é no habré qué os agradezca.» Entonces le cercaron mas de veinte doncellas muy hermosas é ricamente guarnidas, é Leonorina con gran risa é placer dijo: «Dejadle fasta ver lo que dirá.» El fué muy ledo desto que aquella hermosa señora facia, teniéndolo por la mayor honra que allí se le había fecho, é díjole: «Bienaventurada é hermosa señora, ¿quién sería osado de no otorgar lo que vuestra voluntad es, esperando, si lo no hiciese, ser puesto en tan

esquiva prision? E yo lo otorgo como lo mandais, así esto como todo lo otro que servicio de vuestro padre é madre é vuestro sea; é á Dios plega por la su merced, mi buena señora, que las honras y mercedes que dellos y de vos recibo me lleguen á tiempo que de mí y de mi linaje os sean gradecidas y servidas.» Esto se cumplió muy enteramente, no por este caballero de la Verde Espada, mas por aquel su hijo Esplandian, que socorrió á este emperador en tiempo é sazón que lo mucho había menester, así cómo Urganda la Desconocida en el cuarto libro lo profetizó, lo cual se dirá adelante en su tiempo. Las doncellas le dijeron: «Buen acuerdo tomastes; si no, no podríades escapar de mayor peligro que lo fué del Endriago.—Así lo tengo yo, señoras, dijo él; que mayor mal me podría venir enojando á los ángeles que al diablo, como lo él era.» Gran placer hobó destas razones que pasaron el Emperador é Emperatriz é todos los hombres buenos que allí eran, é muy bien les pareció las graciosas respuestas que el caballero de la Verde Espada daba á todo lo que le decían; así que, esto les facia creer aun mas que el su gran esfuerzo, ser él hombre de alto lugar, porque el esfuerzo é valentía muchas veces acierta en las personas de baja suerte é grueso juicio, é pocas la honesta mesura é polida crianza, porque esto es debido á aquellos que de limpia y generosa sangre vienen; no afirmo que lo alcanzan todos, mas digo que lo debrian alcanzar como cosa á que tan tenudos é obligados son, como este caballero de la Verde Espada lo tenia; que poniendo á la braveza del su fuerte corazón una orla de gran sufrimiento é contratación amorosa, defendia que la soberbia é la ira logat no fallasen por donde su alta virtud dañár podiesen.

Pues allí holgó el de la Verde Espada tres dias con el Emperador, faciendo que Gastiles, su sobrino, y el marqués Saluder le trajesen por aquella cibdad y le mostrasen las cosas extrañas que en ella había, como cabeza é mas principal cosa que era de toda la cristiandad; y despues en el palacio siendo, todo lo mas del tiempo en la cámara de la Emperatriz, hablando con ella é con otras grandes señoras, de que muy guardada é acompañada era; é luego se pasó al aposentamiento de la hermosa Leonorina, donde falló muchas hijas de reyes é duques é condes é otros hombres grandes, con las cuales pasó la mas honrada é graciosa vida que fuera de la presencia de Oriana, su señora, en otro ningún lugar tovo; preguntándole ellas con mucha afición que les dijese las maravillas de la ínsola Firme, pues que en ella había estado, especialmente lo del arco de los leales amadores y de la cámara defendida, é quién é cuántos podieron ver las hermosas imágenes de Apolidon é Grimanesa; é asimesmo que les dijese la manera de las dueñas é doncellas de casa del rey Lisuarte, é cómo se llamaban las mas hermosas. El respondióles á todo con mucha discrecion é homildad lo que dello sabia, como aquel que tantas veces lo viera é tratara, como la historia lo ha contado; et así acaeció, que mirando él la gran y sobrada hermosura de aquella infanta y de sus doncellas, comenzó á pensar en su señora Oriana, creyendo que si allí ella estoviese, que toda la beldad del mundo seria junta; é ocurriéndole

en la memoria tenerla tan apartada é alongada de sí, sin ninguna esperanza de la poder ver, fué puesto en tan gran desmayo, que quasi fuera de sentido estaba; así que, aquellas señoras conocieron cómo nada de lo que le fablaban por él era oído, é así estuvo por una pieza fasta que la reina Menoresa, que era señora de la gran ínsola llamada Gadabasta, é la mas fermosa mujer de toda Grecia, despues de Leonorina, le tomó por la mano y le hizo recordar de aquel gran pensamiento, tirándolo á sí, del cual se partió gimiendo é sospirando, como hombre que gran cuita sentia. Mas de que en su acuerdo fué, hobo gran vergüenza, que bien conoció que de todas ellas le había de ser reutado, é dijo: «Señoras, no tengais por extraño ni por maravilla á quien ve vuestras grandes fermosuras é gracias que Dios en vos puso, é se membra de algun bien si lo ya vió, é paso con grandes honras é placeres, é sin merecimiento lo perder en tal guisa, que no sé tiempo en que cobrarlo pueda, por afan ni por trabajo que yo pueda haber.» Esto les decia él con aquella tristeza que el su atormentado corazón á su semblante enviaba; así que, aquellas señoras fueron á gran piedad dél movidas; mas él, con gran fuerza retrayendo las lágrimas que del corazón á los ojos le venian, punó de tornar á sí é á ellas á la perdida alegría.

En estas cosas é otras semejantes pasó allí el caballero de la Verde Espada el tiempo prometido, y queriéndose ya despedir, aquellas señoras le daban joyas muy ricas; pero él ninguna quiso tomar, sino tan solamente seis espadas que la reina Menoresa le dió, que eran de las hermosas é bien guarnidas que en el mundo se podian fallar, diciéndole que no gelas daba sino porque cuando las diese á sus amigos se membrase della y de aquellas señoras que tanto le amaban. La hermosa Leonorina le dijo: «Señor caballero del Enano, pídoos yo por cortesía que si ser podiere, cedo nos vengais á ver y estar con mi padre, que os mucho ama; y sé yo que le faréis mucho placer, é á todos los altos hombres de su corte, é á nosotras mucho mas, porque serémos so vuestro amparo y defensa si alguno nos enojare; é si esto ser no puede, ruégovos yo, con todas estas señoras, que nos enviéis un caballero de vuestro linaje cual entendiédes que será para nos servir si menester nos fuere, é con quien en remembranza vuestra hablemos y perdamos algo de la soledad en que vuestra partida nos deja; que bien creemos, segun lo que en vos parece, que los habrá tales que sin mucha vergüenza vos podrán excusar.—Señora, dijo él, eso se puede con gran verdad decir; que en mi linaje hay tales caballeros que ante la su bondad la mia en tanto como nada se ternia, y entre ellos hay uno, que fio yo, por la merced de Dios, si él á vuestro servicio venir puede, que aquellas grandes honras y mercedes que yo de vuestro padre y de vos he recibido sin gelo merecer, las satisfará con tales servicios, que donde quiera que yo esté pueda creer ser ya fuera desta tan grande deuda.» Esto decia por su hermano don Galaor, que pensaba de le facer venir allí, donde tanta honra le farían, é tambien serían sus grandes bondades tenidas en aquel grado que debían ser. Mas esto no se cumplió así como el caballero de la Verde Espada lo pensaba;

antes, en lugar de don Galaor, su hermano, vino allí otro caballero de su linaje en tal punto é sazón, que fizo á aquella hermosa señora sufrir tantas cuitas é tanto afán, que á duro contarse podría; porque él pasó, así por la mar como por la tierra, las aventuras extrañas y peligrosas cual nunca otro en su tiempo ni despues de mucho tiempo se supo que igual le fuese; así como en un ramo que destes libros sale, llamado las *Sergas de Esplandian*, como ya se os ha dicho, se recontará. Pues aquella señora Leonorina, con mucha afición le rogando que él ó aquel caballero que él decía les enviase, y él así gelo prometiendo, dándole licencia, se subieron todas á las finiestras del palacio, donde fasta le perder de vista por la mar, donde en su galea iba, no se quitaron.

Ya se os ha contado ante cómo el Patin envió á Salustanquidio, su primo, con gran compañía de caballeros, é la reina Saramira, con muchas dueñas é doncellas, al rey Lisuarte á le demandar á su hija Oriana para casar con ella. Agora sabed que estos mensajeros por do quiera que iban daban cartas del Emperador á los príncipes é grandes que por el camino fallaban, en que les rogaba que honrasen é sirviesen á la emperatriz Oriana, hija del rey Lisuarte, que ya por su mujer tenía; é aunque ellos por sus palabras mostrasen buena voluntad á lo facer, entre sí rogaban á Dios que tan buena señora, hija de tal rey, no la llegase á hombre tan despreciado y desamado de todas las gentes que le conocían; lo cual era con mucha razón, porque su desmesura y soberbia era tan demasiada, que á ninguno, por grande que fuese, de los de su señorío y de los otros que él sojuzgar podía no facia honra, antes los despreciaba é avilataba, como si con aquello creyese ser su estado mas seguro y crecido.

¡Oh, loco el tal pensamiento, creer ningun príncipe que, seyendo por sus merecimientos desamado de los suyos, que pueda ser amado de Dios! Pues si de Dios es desamado, ¿qué puede esperar en este mundo y en el otro? Por cierto no al, salvo en el uno y en el otro ser deshonorado y destruido, é su ánima en los infiernos perpétuamente. Pues estos embajadores llegaron á un puerto descontra la Gran Bretaña, que llaman Zamando, é allí aguardaron hasta hallar barcas en que pasasen; y en tanto hicieron saber al rey Lisuarte cómo ellos iban á él con mandado del Emperador, su señor, con que mucho le placiera.

CAPITULO XIII.

Cómo el caballero de la Verde Espada se partió de Constantinopla para cumplir la promesa por él fecha á la muy hermosa Grasinda, é cómo estando determinado de partir con esta señora á la Gran Bretaña por cumplir su mandado, acaesció, andando á caza, que halló á don Bruneo de Bonamar malamente ferido; é tambien cuenta la aventura con que Angriote de Estravaus se topó con ellos y se vinieron juntos á casa de la hermosa Grasinda.

Partido el caballero de la Verde Espada del puerto de Constantinopla, el tiempo le fizo bueno y enderezado para su viaje, el cual era pensar ir á aquella tierra donde su señora Oriana era. Esto le hacia ser muy ledo, aunque en aquella sazón fuese tan cuitado é tan atormentado por ella como nunca tanto lo fué; porque

él morara tres años en Alemania é dos en Romanía y en Grecia, que en este medio tiempo nunca della no solamente no hubo su mandado, mas ni sopo nuevas algunas. Pues tan bien le avino, que á los veinte dias fué aportado en aquella villa donde Grasinda era, é cuando ella lo sopo fué muy leda, que ya sabia cómo al Endriago matara, y los fuertes gigantes que en las insolas de Romanía habia vencido é muerto, y ella se aderezó lo mejor que pudo, como rica é gran señora que era, para lo recibir, é mandó que llevasen caballos para él é para el maestro Elisabat, en que de la galea saliesen, y el de la Verde Espada se vistió de ricos paños, y en un caballo hermoso, y el maestro en un palafren, se fueron á la villa, donde habiendo ya sabido sus extrañas é famosas cosas cómo por maravilla era mirado é honrado de todos, é asimesmo el maestro, que muy emparentado é muy rico en aquella tierra era. Grasinda le salió á recebir al patio con todas sus dueñas é doncellas, y él descabalgando, se le homilló mucho, y ella á él, como aquellos que de buen amor se aman; é Grasinda le dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, en todas las cosas os hizo Dios cumplido; que habiendo pasado tantos peligros, tantas extrañas cosas, la vuestra buena ventura, que lo quiso, ós trajo á cumplir é quitar la palabra que me dejastes, que de hoy en cinco dias es la fin del año por vos prometido, é á él plega de os poner en corazón que tan enteramente me cumplais el otro don que aun por demandar está.—Señora, dijo él, nunca yo, si Dios quisiere, faltaré lo que por mí fuere prometido, especialmente á tan buena señora como vos sois, que tanto bien me fizo; que si en vuestro servicio la vida pusiere, no se me debe agradecer, pues que por vuestra causa, dándome al maestro Elisabat, la tengo.—Bien empleado sea el servicio, dijo ella, pues que tan bien gradescido es, é agora vos id á comer; que no puedo yo por mi voluntad pedir tanto, que vuestro gran esfuerzo no cumpla mas.» Estonces lo llevaron al corral de los hermosos árboles, donde ya de la ferida le habian curado, como se os contó, é allí fué servido él y el maestro Elisabat, como en casa de señora que tanto los amaba, y en una cámara que con aquel corral se contenia albergó el caballero de la Verde Espada aquella noche, é antes que dormiese fabló muy gran pieza con Gandalin, diciéndole cómo iba ledo en su corazón por ir contra la parte donde su señora era, si el don de aquella dueña no le estorbaba. Gandalin le dijo: «Señor, tomad el alegría cuando viniere, é lo al remetid á Dios nuestro Señor; que puede ser que el don de la dueña será en ayudar é acrecentar vuestro placer.»

Así dormió aquella noche con algo mas de sosiego, é á la mañana se levantó, é fué á oír misa con Grasinda en su capilla, que con sus dueñas é doncellas lo atendía; y desque fué dicha, mandando á todos apartar, tomándole por la mano, en un poyo que allí estaba con él se sentó, é razonando con él, dijo: «Caballero de la Verde Espada, sabréis cómo un año ante que aquí vos viniédeses, todas las dueñas que extremadamente sobre las otras hermosas eran se juntaron en unas bodas que el duque de Basilea facia, á las cuales bodas fui yo en guarda del marqués Saluder, mi her-

mano, que vos conoceis; y estando todas juntas, é yo con ellas, entraron hí todos los altos hombres que á aquellas fiestas vinieron, y el Marqués, mi hermano, no sé si por afición ó por locura, dijo en voz alta, que todos lo oyeron, que tan grande era mi fermosura, que vencia á todas las dueñas que allí eran, é si alguno lo contrario dijese, que él por armas gelo haria decir; é no sé si por su esfuerzo dél, ó porque así á los otros como á él pareciese, basta que no respondiendome ninguno, yo quedé é fui juzgada por la mas hermosa dueña de todas las fermosas de Romanía, que es tan grande como lo vos sabeis; así que, con esto siempre mi corazón es muy ledo é muy lozano; é mucho mas lo seria, y en muy mayor alteza, si por vos pudiese alcanzar lo que tanto mi corazón desea, é no dudaria trabajo de mi persona ni gasto de mi estado, por grande que fuese.—Mi señora, dijo él, demandad lo que mas os placirá, y sea cosa que yo cumplir pueda, porque sin duda se porná luego en ejecucion.—Mi señor, dijo ella, pues lo que yo os pido por merced es, seyendo sabidora de cierto haber en la casa del rey Lisuarte, señor de la Gran Bretaña, las mas fermosas mujeres de todo el mundo me lleveis allí; é por armas, si por otra guisa ser no puede, me fagais ganar aquella gran gloria de fermosura sobre todas las doncellas que allí hobiere, que aquí en estas partes gané sobre las dueñas, como os ya dije; diciendo que en su corte no hay ninguna doncella tan hermosa como lo es una dueña que vos levádes; é si alguno lo contradijere, gelo fagais conocer por fuerza de armas; é yo llevaré una rica corona que por mi parte pongais, é así ponga otra el caballero que con vos se hobiere de combatir, para que el vencedor, en señal de tener la mas fermosa de su parte, las lleve ambas. E si Dios con honra nos ficiere partir de allí llevarme hédes á una que llaman la insola Firme, donde me dicen que hay una cámara encantada, en que ninguna mujer, dueña ni doncella, entrar puede, sino aquella que de fermosura pasare á la muy hermosa Grimanesa, que en su tiempo par no tovo; y este es el don que vos yo demandó.»

Quando esto fué oido por el caballero de la Verde Espada fué todo demudado, é dijo con semblante muy triste: «Ay Señora, muerto me habeis! é si gran bien me fecistes, en crecido mal me habeis tornado.» Y fué así tollido, que ningun sentido le quedó. Esto fué cuidando que si con tal razón á la corte del rey Lisuarte fuese, era perdido con su señora Oriana, que mas que á la muerte la temia; é sabia bien que en la corte habia muy buenos caballeros que por ella tomarian la empresa; que teniendo el derecho é la razón de su parte tan enteramente, segun la diferencia tan grande de la fermosura de Oriana á la de todas las del mundo, que no podía él salir de la tal demanda que tomase sino deshonorado ó muerto; y de otra parte pensaba, si falleciese de su palabra á aquella dueña, que sin le conocer tantas honras y mercedes della habia recebido, que seria muy gran confundimiento de su prez é honra. Así que, él estaba en la mayor afrenta que despues que de Gaula saliera estado habia, é maldecia á sí é á su ventura é á la hora en que nasciera, é á la venida en aquellas tierras de Romanía; pero luego le vino súpi-

tamente un gran remedio á la memoria, y este fué acordarse que Oriana no era doncella, y que el que por ella la batalla tomase la tomaba á tuerto. E cuando despues él pudiese ver á Oriana le faria entender la razón de cómo aquello pasaba. E hallado este remedio, dejando el cuidado grande en que estaba, que mucho atormentado le habia, á le poner en el mayor estrecho que él nunca pensó tener; mas luego tornó muy ledo y de buen semblante, como si por él nada pasado hobera, é dijo á Grasinda: «Mi buena señora, demándoos perdón por el enojo que os he fecho; que yo quiero cumplir todo lo que me pedis si la voluntad de Dios fuere; é si en algo dudé, no por mi voluntad, mas por la de mi corazón, á quien yo resistir no puedo; que á otra parte enderezaba su viaje; y de las palabras que yo dije, él fué la causa; como aquel que en todas las cosas sojuzgado me tiene; mas las grandes honras que yo de vos he recebido tovieron tales fuerzas, que las tuyas quebrantando, me dejan libre para que, sin ningun enterevalo, aquello que tanto os agrada cumplir pueda.» Grasinda le dijo: «Cierto, mi buen señor, yo creo muy bien lo que me decis; mas dígoos que fui puesta en muy gran alteracion cuando así os vi.» Y tendiendo los sus muy fermosos brazos, poniéndolos en sus hombros, le perdonó aquello que habia pasado, diciendo: «Mi señor, ¿cuándo veré yo aquel día que la vuestra gran prez de armas me fará en mi cabeza tener aquella corona que de las mas fermosas doncellas de la gran Bretaña por vos ganada será, tornando á mi tierra con aquella gran gloria que todas las dueñas de Romanía della me partí?» Y él le dijo: «Mi señora, quien tal camino ha de andar no debe perder el cuidado; que habeis de pasar por muy extrañas tierras y gentes de lenguajes desvariados, donde gran trabajo y peligro se ofrece; é si el don yo no hobiese prometido, é mi consejo se demandase, no seria otro, salvo que persona de tanta honra y estado como lo vos sois, no se debria poner á tal afrenta por ganar aquello que sin ello, con tan gran parte de beldad y de fermosura, muy bien é con mucha gloria pasar puede.—Mi señor, dijo ella, mas me pago del vuestro buen esfuerzo que para el camino tomastes, que del consejo que me dariades; pues que, teniendo tal ayudador como vos, sin recelo alguno espero satisfacer á mi deseo, que tanto tiempo por lo alcanzar con mucha pena ha estado; y esas extrañas tierras y gentes que decis, muy bien excusarse pueden, pues que por la mar mejor que por la tierra se podrá hacer nuestro camino, segun de muchos que lo saben soy informada.—Mi señora, dijo él, yo os he de aguardar y servir; mandad lo que mas á vuestra voluntad satisface, que aquello por mí en obra será puesto.—Mucho os lo agradezco, dijo ella, y creed que yo llevaré tal atavío é compañía cual tal caudillo como lo vos sois merece.—En el nombre de Dios, dijo él, sea todo.» E así quedó la fabla por estonces; y desque el caballero de la Verde Espada folgó dos dias, hobo sabor de ir á correr monte, así como aquel que no habiendo en qué las armas ejercitar en otra cosa, su tiempo pasaba; é tomando consigo algunos caballeros que allí habia é monteros sabidores de aquel menester, se fué á un muy espeso monte, dos leguas de la villa, donde muchos